

# Del sufrimiento al gozo



MÉXICO

Autora: Natalia Bernal Felipe, pasante de la maestría en antropología física y jefa de la carrera de antropología física de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.



La principal fuente de información revisada en este trabajo proviene del segundo tomo del libro que trata acerca de las biografías de algunas monjas que profesaron en el Convento de Corpus Christi, ubicado en la ciudad de México. Dicho escrito hace referencia a la vida conventual que llevaron tales mujeres.

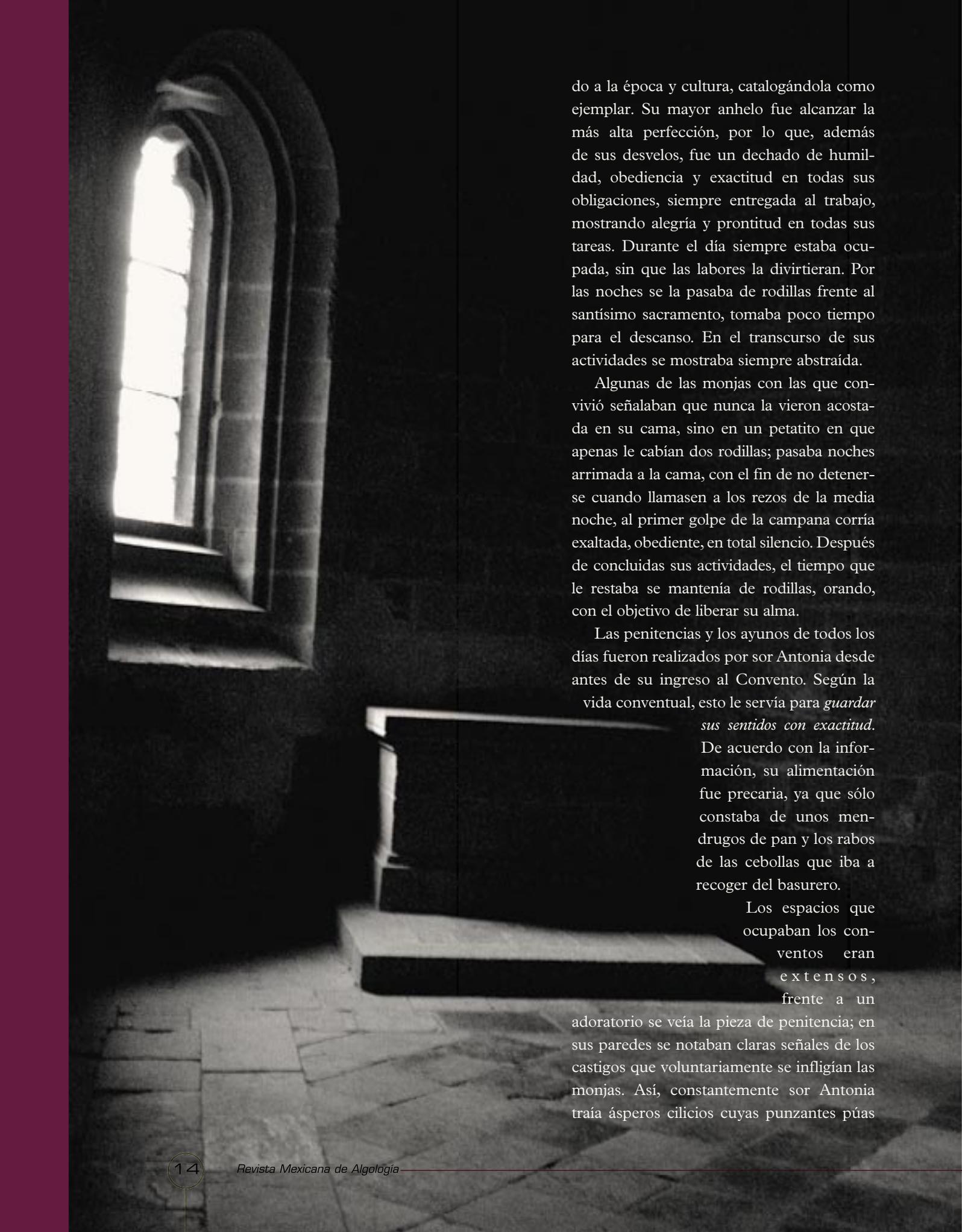
Es común que cuando escuchamos la palabra sufrimiento pensemos inmediatamente en el dolor. Pues bien, en estas líneas conoceremos algunos de estos aspectos en la vida de sor Antonia Pérez de los Santos, religiosa del Convento de Señoras Naturales Cacicques Descalzas de Corpus Christi de México que nació en la ciudad de Puebla, en mayo de 1698. Cabe mencionar que el virrey marqués de Valero compró por 40 mil pesos el terreno en el que fundó el Convento, poniendo la primera piedra el 12 de septiembre de 1720. El monasterio fue destinado para las indias nobles e hijas caciques. No tenían bienes y vivían de la caridad pública. En este convento tenían que aprender latín, leer y escribir correctamente en castellano, matemáticas, música y canto, así como ejercer sus conocimientos sobre el hogar –bordado, cocina– y labores manuales.

Los primeros años de su vida, sor Antonia estuvo al lado de su familia; su madre fue la encargada de enseñarle todas las actividades propias de la mujer: cocinar, bordar, rezar. Por el tipo de educación que se le dio a Antonia, sus padres aspiraban a que la pequeña alcanzara la perfección para el resto de su vida.

Algunos de los elementos que se consideraron para su ingreso al convento fueron que desde niña mostró ser obediente y tener un buen juicio, su modestia, humildad, desvelos y ayunos constantes, por lo que al cumplir los 26 años pudo pertenecer al Convento. La vida de sor Antonia en el Convento se desarrolló como se esperaba de acuer-

## Referencias bibliográficas

1. García, Antonio, *El libro de mis recuerdos/Narraciones históricas, anécdotas y costumbres mexicanas anteriores al actual orden social*, Imprenta de Arturo García Cubas sucesores hermanos, México, 1905.
2. Muriel, Josefina, Sor Juan Inés de la Cruz (1651-1695) en *Cultura femenina novohispana*, UNAM, México, 2001, p. 143-273.
3. Muriel, Josefina, Vida de Sor Antonia Pérez de los Santos en *Las indias caciques de Corpus Christi*, UNAM, México 2001, p. 107-137.



do a la época y cultura, catalogándola como ejemplar. Su mayor anhelo fue alcanzar la más alta perfección, por lo que, además de sus desvelos, fue un dechado de humildad, obediencia y exactitud en todas sus obligaciones, siempre entregada al trabajo, mostrando alegría y prontitud en todas sus tareas. Durante el día siempre estaba ocupada, sin que las labores la divirtieran. Por las noches se la pasaba de rodillas frente al santísimo sacramento, tomaba poco tiempo para el descanso. En el transcurso de sus actividades se mostraba siempre abstraída.

Algunas de las monjas con las que convivió señalaban que nunca la vieron acostada en su cama, sino en un petatito en que apenas le cabían dos rodillas; pasaba noches arrimada a la cama, con el fin de no detenerse cuando llamasen a los rezos de la media noche, al primer golpe de la campana corría exaltada, obediente, en total silencio. Después de concluidas sus actividades, el tiempo que le restaba se mantenía de rodillas, orando, con el objetivo de liberar su alma.

Las penitencias y los ayunos de todos los días fueron realizados por sor Antonia desde antes de su ingreso al Convento. Según la vida conventual, esto le servía para *guardar sus sentidos con exactitud*.

De acuerdo con la información, su alimentación fue precaria, ya que sólo constaba de unos men-drugos de pan y los rabos de las cebollas que iba a recoger del basurero.

Los espacios que ocupaban los conventos eran extensos, frente a un

adoratorio se veía la pieza de penitencia; en sus paredes se notaban claras señales de los castigos que voluntariamente se infligían las monjas. Así, constantemente sor Antonia traía ásperos cilicios cuyas punzantes púas

le causaban un gran dolor al herir su cuerpo, por lo que las llagas gangrenosas que padeció durante muchos años se fueron extendiendo poco a poco sobre su cuerpo, hasta que le acabaron la vida. Sin embargo, parece que entre tanto sufrimiento y dolor mostraba alegría y hasta no parecía enferma, sino muy sana.

El aspecto de sor Antonia era de humildad y pobreza, tenía su hábito lleno de remiendos y siempre andaba buscando las sandalias que otras monjas desechaban, pero en realidad siempre traía sus pies desnudos. La vida que llevó fue rígida, de modo que pronto el médico le declaró una enfermedad contagiosa, por lo que la separaron de las demás religiosas, mandándola a una celda retirada al fondo del jardín. Sus llagas despedían un olor muy desagradable.

finales fueron: “pues no oyen a los ángeles que están cantando y aquí está la virgen María con su dulcísimo niño en sus brazos”.

De acuerdo con la información existente, podemos saber que la vida conventual tenía severas reglas. Desde que las monjas ingresaban se les cortaba la cabellera y se les ponía el hábito humilde de su orden. El voto de clausura pretendía asegurar su vocación y la renuncia a sus bienes. Actualmente es difícil pensar que el dolor y el sufrimiento traen como consecuencia el gozo, sin embargo, en pocas ocasiones reflexionamos cómo esta paradoja se materializa en el castigo al cuerpo.

Las notas anteriores nos permiten conocer un poco la vida religiosa de una monja cacique que se traduce en el sufrimiento físico con la finalidad de alcanzar la perfección, tratando de obviar los sentidos y con ello no percibir el dolor. No



Aun enferma seguía algunos de los mandatos de la vida conventual: en cama se pegaba con un jarro. Para tomar su medicamento no quiso usar cucharas de palo, sino que comía con un tejamanil que encontró en el piso, argumentando que lo hacía “porque después de muerta tirarían la cuchara y esto no era conveniente a la santa pobreza”. Mientras se mantuvo en cama rezaba a diario y cantaba, ya que como buena monja cacique sabía cantar muy bien y tenía una excelente voz. Además, sor Antonia tocaba la vihuela (especie de guitarra).

Inevitablemente, las enfermedades se fueron agravando. La biografía de sor Antonia señala que “en sus últimos momentos siempre estuvo serena y contenta”. Sus palabras

obstante, todo esto se vio reflejado en las enfermedades que la llevaron a la muerte.

Gracias a los trabajos de investigación sobre las monjas sabemos que fueron mujeres con grandes cualidades; muchas de ellas se desempeñaron como: cronistas, poetas, literatas, músicas, matemáticas, pintoras. Una de las literatas más famosas fue sor Juan Inés de la Cruz (1651-1695), monja Jerónima que vivió 43 años y que también realizó ayunos y penitencias constantes. Existen diversos escritos antiguos que abundan en la vida de las monjas; hoy en día están en museos y bibliotecas, aunque una buena parte de estos documentos originales forma parte de colecciones privadas. Aun en dichas condiciones podemos acercarnos a esta temática tan interesante. **DOLOR**